

LAS MISIONES VISIBLES DEL ESPÍRITU SANTO Y EL TRIPLE «MUNUS» DE CRISTO

JOSÉ-LUIS GONZÁLEZ-ALIÓ

El objeto de este trabajo es mostrar cómo, en nuestra opinión, existe una relación intrínseca entre las tres misiones visibles del Espíritu Santo —en el Bautismo, en la Transfiguración y en Pentecostés— y los tres «munera» de Cristo (el profético, el sacerdotal y el real): poner de relieve que las misiones visibles del Espíritu Santo tienen como finalidad manifestar que Jesús es el Cristo; que Jesús de Nazareth es el Mesías prometido, el Ungido por el Espíritu de Dios. Y esta realidad la lleva a cabo mediante un triple «oficio» de Sacerdote, de Profeta y de Rey. Más en concreto, queremos resaltar que las misiones visibles del Espíritu Santo en el Bautismo, manifiesta el «munus» Profético de Cristo, en la Transfiguración, el Sacerdotal, y en Pentecostés, el Real.

En nuestro desarrollo tendremos en cuenta los elementos estructurantes de las misiones visibles del Espíritu Santo en la enseñanza de Santo Tomás, si bien nos separaremos de él en algunos aspectos, p.e., en el hecho de que no considera misión visible la realizada en la Transfiguración, y tampoco pone en relación dichas misiones con el triple «munus» de Cristo, que es precisamente lo que queremos aportar con este estudio.

Para ello, expondremos en primer lugar, como la Encarnación del Hijo no sólo supone una nueva presencia —misión— del Verbo Eterno en el mundo, sino también un nuevo modo de estar del Espíritu Santo; a continuación consideraremos las características de las misiones visibles del Espíritu Santo en el pensamiento de Tomás de Aquino; después estudiaremos el planteamiento y esquema de cada una de esas misiones en la Sagrada Escritura, especialmente en San Lucas, pues pensamos es quien más pone de relieve la relación de estas misiones con los «munera» de Cristo; a continuación, pondremos de relieve la semejanza esquemática de todas ellas; a partir de ahí expondremos nuestras conclusiones.

1. LA ENCARNACIÓN DEL HIJO Y LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

El Misterio de la Encarnación, la asunción de una naturaleza humana por el Hijo Eterno, supone una nueva presencia del Hijo en el mundo: entra en la historia, es un hombre, Jesús de Nazareth (cfr. *CEC* 422-423). Y Jesús de Nazareth es el Cristo de Dios, el Ungido por el Espíritu Santo (cfr. *CEC* 436-438). Y es el Cristo precisamente porque es el Hijo de Dios encarnado: por ser el Hijo encarnado es el Profeta, el Sacerdote y el Rey mesiánico, anunciado por los profetas¹.

a) *El Espíritu de Cristo: la nueva presencia del Espíritu y redundancia de santidad en el mundo*

En razón de la Encarnación el Espíritu de Dios (Mt 3, 16; Rom 8, 9; 14; 15, 19; 1 Pe 4, 14), el Espíritu del Padre, el Espíritu del Hijo (Gal 4, 6), comienza a estar en el mundo como el Espíritu de Cristo (Rom 8, 9; 1 Pe 1, 11), por tanto, como el Espíritu propio de un hombre, de Jesús de Nazareth (Hech 16, 8)². En Jesucristo el Espíritu Santo está como su Espíritu, pues lo posee en plenitud en cuanto hombre, porque ese hombre es el Hijo de Dios³.

De esta manera toda la vida de Jesucristo, toda su acción redentora la realiza bajo el impulso del Espíritu Santo: «en el primer momento de la encarnación, el Hijo del Padre Eterno adornó con la plenitud del Espíritu Santo la naturaleza humana que había unido a sí substancialmente, para que fuese apto instrumento de la divinidad en la obra de la Redención»⁴. Y constituye su unción mesiánica: Pedro recuerda «cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo»⁵. «Así como el aceite penetra la madera o las otras

1. Ver nuestro trabajo: *Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo: La relación intrínseca entre mesianidad y filiación en Cristo y el Dios de los cristianos*, Serv. Publicaciones Universidad de Navarra (Pamplona 1998) pp. 293-309.

2. Como decía el Beato Josemaría: «el amor de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo. El Espíritu Santo, el lazo de amor entre el Padre y el Hijo, encuentra en el Verbo un Corazón humano», JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 169.

3. «Dios ha dado "sin medida" a Cristo el Espíritu Santo, proclama Juan Bautista, según el IV Evangelio. Y Santo Tomás de Aquino explica en su claro comentario que los profetas recibieron el Espíritu "con medida", y por ello, profetizaban "parcialmente". Cristo, por el contrario, tiene el Espíritu Santo "sin medida": ya como Dios, en cuanto que el Padre mediante la generación eterna le da el espirar el Espíritu sin medida; ya como hombre, en cuanto que, mediante la plenitud de la gracia, Dios lo ha colmado de Espíritu Santo, para que lo efunda en todo creyente» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 12.VIII.87).

4. PIO XII, *Mystici Corporis* (29.VI.1943) n. 14.

5. *Hech* 10, 38.

materias, de la misma manera el Espíritu Santo penetra todo el ser del Mesías-Jesús, confiriéndole el poder salvador de curar los cuerpos y las almas. Por medio de esta unción con el Espíritu Santo, el Padre realizó la consagración mesiánica del Hijo»⁶.

En razón de la Encarnación el Verbo se hace presente en el mundo como nuestro Redentor —enviado por el Padre para salvarnos—, pero simultáneamente el Espíritu de Dios se hace presente como el Espíritu de Cristo. Es, por tanto, enviado por el Padre a Cristo como su Unción⁷.

Precisamente porque la propia presencia del Espíritu Santo en Cristo lo es en cuanto Mesías, en cuanto Salvador, su característica propia es ser una presencia redundante: tiende a difundirse sobre los demás⁸. De este modo el Espíritu Santo manifiesta su nueva presencia en la acción redentora de Jesús⁹.

6. JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 24.X.90. «Esta verdad sobre el Mesías que viene en el poder del Espíritu Santo encuentra su confirmación durante el bautismo de Jesús en el Jordán, también al comienzo de su actividad mesiánica. Particularmente denso es el texto de Juan que refiere las palabras del Bautista: “Yo he visto el Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre Él. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 5.VIII.87). «En realidad las acciones y las palabras de Jesús eran la realización de la misión mesiánica en la que actuaba, según el anuncio del profeta, el Espíritu del Señor. La acción del Espíritu Santo estaba escondida en todo el desarrollo de esta misión, realizada por Jesús de modo visible, público, histórico; por ello ésta testimoniaba y revelaba, según las declaraciones de Jesús a los evangelistas y a los otros autores sagrados, también la obra y la persona del Espíritu Santo» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 9.IX.90). «Podemos afirmar que [...] el Espíritu Santo se manifiesta como Persona que actúa en toda la misión de Cristo, y que en la vida y en la historia de los seguidores de Cristo libra del mal, de la fuerza en la lucha con el espíritu de las tinieblas, prodiga el gozo sobrenatural del conocimiento de Dios y del testimonio de Él incluso en las tribulaciones. Una persona que actúa con poder divino ante todo en la misión mesiánica de Jesús, y luego en la atracción de los hombres hacia Cristo y en la dirección de los que están llamados a tomar parte en su misión salvífica» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 9.IX.90).

7. Cfr. JUAN PABLO, II *Aud. Gen.* 24.X.90.

8. *In I Sent.*, d. 16, q. 1, a.2, ad 1: «[missio visibilis] significat gratiam tendentem in alios».

9. Así se entiende que si bien el Espíritu Santo actuaba en el A.T. —«y que habló por los profetas»—, sin embargo, su presencia en ellos no era la propia de Jesús, pues era externa y circunstancial. La misión salvífica del Hijo de Dios como Hombre se lleva a cabo «en la potencia» del Espíritu Santo. Lo atestiguan numerosos pasajes de los Evangelios y todo el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, la verdad sobre la estrecha relación entre la misión del Hijo y la venida del Espíritu Santo (que es también su «misión») estaba escondida, aunque también, en cierto modo, ya anunciada. Un presagio particular son las palabras de Isaías, a las cuales Jesús hace referencia al inicio de su actividad mesiánica en Nazaret: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor». «Estas palabras hacen referencia al Mesías: palabra que significa “consagrado con unción” (“ungido”), es decir, aquel

b) *La razón formal de esa nueva presencia del Espíritu*

Queremos plantear aquí, sin pretender dar una respuesta definitiva, una cuestión de especial importancia: ¿cuál es la razón formal de la nueva presencia del Espíritu Santo? Evidentemente nos encontramos con una nueva presencia, un nuevo modo de estar del Espíritu Santo en el mundo. Ahora bien, ¿en qué radica ese «modo»?

Si nos atenemos al planteamiento de Santo Tomás, pensamos que la respuesta sería la gracia santificante de Cristo, que por poseerla en plenitud es redundante para los hombres. Jesús sería el Cristo, mediador profético, sacerdotal y regio, en razón de la plenitud de su gracia santificante¹⁰. Y en esta plenitud se encontraría la razón formal de la presencia del Espíritu Santo¹¹. Aunque esa plenitud de gracia tiene su fundamento último en la unión hipostática o gracia de unión¹².

Sin embargo, este planteamiento lleva una serie de dificultades que nos parecen de difícil solución. En concreto: si el fundamento de la nueva presencia del Espíritu Santo fuera la gracia santificante de Jesús, en razón de su plenitud, esta presencia no sería radicalmente distinta de la presencia de inhabitación, sólo habría una distinción de «intensidad»; la gracia santificante, en cuanto que es una participación en la naturaleza divina¹³, no hace referencia a la concreta Persona encarnada, y es propio del Hijo encarnado el ser el Cristo: Ungido; los bautizados no podríamos participar de su mesianidad —ser cristianos: ser un pueblo profético, sacerdotal y real—¹⁴, corredentores con Él: ya que sería necesario participar de su gracia capital, no en cuanto gracia santificante, sino en cuanto capital —en cuanto plena—, y esto pensamos que es contradictorio¹⁵.

Por estas razones, entre otras, nos inclinamos a poner la razón formal de la presencia del Espíritu Santo en Cristo, en la unión hipostática; ya que pensamos, que con ello, se pueden superar esas dificultades: si el fundamento de la nueva presencia del Espíritu Santo es la Encarnación —la unión hipostática— esta presencia es radicalmente distinta de la presencia de inhabitación; la unión hipostática hace referencia

que viene de la potencia del Espíritu del Señor. Jesús afirma delante de sus paisanos que estas palabras se refieren a Él: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír” (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 5.VIII.87).

10. Cfr., p.e., *S.Th.* III, q. 8, a. 5; q. 26, a. 2.

11. Cfr. *S.Th.* III, q. 8, a. 13.

12. Cfr. *S.Th.* III, q. 26, a. 2.

13. *2 Pe* 1, 4.

14. *1 Pe* 2, 9.

15. Además, del sacerdocio de Cristo participamos mediante el carácter sacramental, no mediante la gracia santificante.

a la Persona encarnada (al Hijo), y es propio del Hijo encarnado el ser el Cristo: Ungido¹⁶; los bautizados podríamos participar de su mesianidad —ser cristianos: un pueblo profético, sacerdotal y real—: mediante el carácter participaríamos de la naturaleza humana de Cristo —no en cuanto naturaleza humana, lo que sería imposible— sino en cuanto que es del Hijo.

Los cristianos gracias al carácter participamos del sacerdocio de Cristo —somos cristianos, otros Cristos, el mismo Cristo¹⁷—: somos correderos con Él¹⁸. Pues Cristo —Resucitado y Sentado a la derecha del Padre— nos ha enviado su Espíritu, hemos sido ungidos por Él¹⁹.

c) *Presencia y misión*

La visión general de la Historia de la Salvación de Santo Tomás, siguiendo toda una tradición que procede de los Padres, es la de una gran *regiratio* de toda la creación, en la que tanto el *exitus* como el *reditus* tiene como «razón y causa»²⁰ las procesiones eternas del Hijo y del Espíritu Santo. A esta prolongación de las eternas procesiones en la criatura racional, en cuanto el Hijo y el Espíritu Santo se hacen pre-

16. Pfo XI, *Quas primas* (11.XI.1925) n. 11: «La soberanía o principado de Cristo se funda en la maravillosa unión llamada hipostática». Cfr. CEC nn. 695, 690 y 743.

17. Como le gustaba repetir al Beato Josemaría. Sobre este punto ver ARANDA, A., *El cristiano, «alter Christus, ipse Christus» en el pensamiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, en «ScTh» 27 (1994) 513-570.

18. JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 14.XI.90: «Junto a estos pasajes evangélicos, que son los más esenciales para nuestro asunto, existen en el Nuevo Testamento otros que demuestran que el Espíritu Santo no es sólo el espíritu del Padre, sino también el Espíritu del Hijo, el Espíritu de Cristo». Cfr. CEC 2780.

19. *In Io. Ev.* c.15, lect. V: «Consequens est ut Spiritum sanctum eos, in quos mittitur, similes faciat ei cuius est spiritus». «La participación en la unción de la humanidad de Cristo con el Espíritu Santo pasa a todos los que lo acogen en la fe y en el amor. Esa participación tiene lugar a nivel sacramental en las unciones con aceite, cuyo rito forma parte de la liturgia de la Iglesia, especialmente en el bautismo y la confirmación. Como escribe san Juan en su primera carta, «estáis ungidos por el Santo», y esa unción «permanece» en vosotros. Esta unción constituye la fuente del conocimiento. «En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo, y todos vosotros lo sabéis», de forma que «no necesitáis que nadie os enseñe... Su unción os enseña todas las cosas». De esta manera, se cumple la promesa hecha por Jesús a los Apóstoles: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 24.X.90).

20. *In I Sent.* d. 15, q. 4, a. 1, sol: «[...] in exitum creaturarum a primo principio attenditur quaedam circulatio vel *regiratio*, eo quod omnia revertuntur sicut in fine in id a quo sicut principio prodierunt. Et ideo oportet ut per eadem quibus est *exitus* a principio, et *reditus* in finem attendatur. Sicut igitur dictum est, quod *processio* personarum est ratio productionis creaturarum a primo principio, ita etiam est eadem *processio* ratio redeundi in finem, quia per Filium et Spiritum sanctum sicut et conditi sumus, ita etiam et fini ultimo coniungimur».

sentes en ella como «quien [la] conduce y une al fin»²¹, introduciéndola en la intimidad divina, se les llaman misiones.

Las misiones comportan tres elementos: la procesión eterna de la Persona; un nuevo modo de estar, por la gracia —santificante o hipostática²²—; una «actividad» propia de la Persona enviada, en orden introducir al hombre en la intimidad divina (un «encargo»). Además, las misiones del Hijo y del Espíritu Santo son inseparables, como lo son sus procesiones y su presencia.

En razón del modo nuevo de estar y de la actividad propia, se pueden distinguir dos tipos de misiones: las misiones invisibles, en razón de la gracia santificante, en las que el Verbo y el Amor divino se hacen presentes en todo hombre en gracia, de modo que lo introducen en la Comunión divina de Personas, que comienzan a inhabitar en el alma; y las misiones visibles que conlleva la Encarnación del Hijo, y que están ordenadas a la Redención del hombre, pues «por nosotros los hombres y por nuestra salvación se hizo hombre».

Y esta doble misión del Hijo y del Espíritu —en razón de la Encarnación—, que son inseparables, se realiza, como ya hemos indicado, en razón de la unión hipostática: el Hijo es enviado por el Padre al mundo, comenzando a estar presente de un modo nuevo y visible en razón de su naturaleza humana, y el Espíritu Santo comienza a estar también presente de un modo nuevo como el Espíritu propio de este Hombre. Por ello Jesús es el Cristo, el Ungido por el Espíritu.

La nueva misión del Espíritu Santo en Cristo se prolonga en su Iglesia —el Cristo total, Cabeza y miembros—, y ya no sólo en razón de la gracia santificante, sino en cuanto la Iglesia, al recibir el Espíritu de Cristo, es «como un sacramento» de la presencia de Cristo en el mundo hasta el final de los tiempos, realidad que se estructura en cada uno de los fieles —sacerdotes y laicos— mediante el carácter sacramental.

Si nos preguntamos sobre las características de esa nueva presencia del Espíritu Santo como Espíritu de Cristo pensamos que la más importante, al menos la que más nos interesa, es que la santidad de Cristo y de su Iglesia es una santidad redundante, ordenada al servicio de salvación a todos los hombres, esto es, una redundancia redentora —redentora en Cristo, corredentora en la Iglesia—, y, por tanto, estructurada en la mediación profética, sacerdotal y real de Cristo; de la que todos los cristianos participamos, aunque de modos diversos, mediante el carácter.

21. Cfr. *Ibidem*.

22. *In I Sent.*, d. 15, q. 4, a. 3, sol.: «Praeterea, missio semper ponit novum modum existendi in aliquo ipsius missi».

2. LAS MISIONES VISIBLES DEL ESPÍRITU SANTO

Ahora bien, esa misión del Espíritu Santo es de por sí invisible²³, pero por estar ordenada a la santificación de otros convenía que fuera manifestada mediante algún signo sensible (visible) de modo que fuera conocida por aquellos en favor de quienes se hacía, en el momento más adecuado, en principio, cuando se comenzaba a ejercer «públicamente», y no en el momento en el que se realizó²⁴.

Las manifestaciones mediante signos sensibles de la misión del Espíritu Santo, a Cristo y a la Iglesia, son las que han venido llamándose misiones visibles del Espíritu Santo. Aunque, más bien habría que llamarlas «pneumatofanías», ya que propiamente no son una misión, sino la manifestación visible de una misión que ya se ha realizado en el momento de la Encarnación o de la constitución de la Iglesia como sacramento de Cristo.

Sus elementos son: Un modo nuevo de estar, una presencia especial de Espíritu Santo en aquel sobre el que se realiza la misión²⁵; este modo nuevo de estar se debe a la santidad, pero en cuanto es redundante en otros; la misión visible no tiene por qué realizarse cuando el Espíritu Santo comienza a estar del nuevo modo, sino cuando conviene que sea manifestada esa redundancia (cfr. *CEC* 689). Un signo sensible de esa presencia especial del Espíritu Santo: este signo es manifestativo de la presencia y actividad propia del Espíritu Santo²⁶; en principio, deberá tener una referencia a lo propio de esa redundancia.

Las misiones visibles del Espíritu Santo de que nos habla la Sagrada Escritura se han realizado o sobre Cristo o sobre la Iglesia: dos sobre Cristo —en el Bautismo y la Transfiguración—, una sobre la Iglesia —en Pentecostés²⁷—.

De otra parte en Cristo, la misión del Espíritu —realizada en el momento mismo de su concepción— no coincide con el de las misiones visibles; como tampoco en la Iglesia, a no ser que se consi-

23. «Visible» sólo en la vida, palabras y obras de Cristo.

24. *In I Sent.*, d. 16, q. 1, a. 2, ad 5: «Missio visibilis ostendit missionem invisibilem non semper tunc fieri, sed sufficit si etiam prius facta fuerit. Quare autem tunc missio visibilis facta sit».

25. Esto es lo propio de las misiones —tanto visibles, como invisibles— de las Personas divinas: el ser originado —en razón de las procesiones inmanentes en Dios— y el comenzar a estar, al menos de un modo nuevo, en alguien.

26. Cosa que no sucede en la misión visible del Hijo, en la cual la presencia y la manifestación visible están intrínsecamente unidas: la unión hipostática y la visibilidad de la naturaleza humana de Cristo.

27. Ya que si bien en el Nuevo Testamento se nos narran varias manifestaciones visibles del Espíritu sobre la Iglesia han sido consideradas tradicionalmente como diversas manifestaciones de la única misión del Espíritu Santo sobre la Iglesia.

dere al día de Pentecostés no sólo el día de la manifestación de la Iglesia sino también el día de su «constitución» como sacramento de Cristo²⁸.

Queremos, antes de seguir adelante, insistir en que dos aspectos de especial importancia: las misiones del Hijo y del Espíritu Santo son siempre inseparables²⁹, y la misión de la Iglesia no añade nada a las mismas³⁰.

a) *La misión visible en el Bautismo de Jesús*

La misión del Espíritu Santo en el bautismo es relatada por los tres Sinópticos con pequeñas variaciones, si bien es en el Evangelio de San Lucas donde el planteamiento es más completo, y la conexión con la realidad de la misión Salvadora de Cristo es más clara³¹.

La estructura de la misión del Espíritu Santo en el Bautismo es: Jesús de Nazareth, concebido por obra del Espíritu Santo, es desde su concepción el Mesías prometido³²; en Jesús se va llevando a cabo un proceso de maduración humana —crecía en edad, sabiduría y gracia—, hasta alcanzar unos treinta años; edad, por otra parte significativa, pues era a la que solían comenzar a predicar los rabinos; anuncio de la llegada del Reino por parte de Juan el Bautista; que comienza a bautizar en el agua, con un bautismo de penitencia; y preanuncia la llegada del Mesías, que bautizará en fuego y Espíritu; el Bautismo de Jesús, del que nos interesa resaltar: el Espíritu Santo reposa sobre Cristo en forma de paloma (cfr. Lc 3, 22; Mt 3, 16; Mc 1, 10); el Padre dice: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido» (Lc 3, 22. Cfr. Mt 3, 17; Mc 1, 11); inmediatamente es llevado por el Espíritu

28. «Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia» [...]. Como ella es «convocatoria» de salvación para todos los hombres, la Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos» (CEC 767). Cfr 766 y 778.

29. CEC: «Desde el comienzo y hasta la consumación de los tiempos, cuando Dios envía a su Hijo, envía siempre a su Espíritu: la misión de ambos es conjunta e inseparable» (743). Cfr 689.

30. Cfr. CEC nn. 732 y 738. Toda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías. «Todo el segundo capítulo del Símbolo de la fe hay que leerlo a la luz de esto. Toda la obra de Cristo es misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo» (CEC 727). «La misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento» (CEC 738).

31. En el Evangelio de San Juan la referencia es indirecta. Cfr. Jn 1, 19-34.

32. CEC 727: «Toda la Misión del Hijo y del Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos se resume en que el Hijo es el Ungido del Padre desde su Encarnación: Jesús es Cristo, el Mesías».

Santo al desierto, donde ayunó y fue tentado por el diablo (cfr. Mt 4, 1-3; Mc 1, 12-13; Lc 4, 1-2); después de ello, impulsado por el Espíritu marcha a Galilea y comienza a predicar (cfr. Lc 4, 14); en esa predicación, llega a Nazaret, donde en su Sinagoga afirma que en El se cumple lo predicho por el profeta Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado para anunciar la redención a los cautivos y devolver la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, y para promulgar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19), lo que constituye la inauguración del anuncio del Evangelio³³.

b) *La misión visible del Espíritu Santo en la Transfiguración*

La misión del Espíritu Santo en la Transfiguración es recogida también de un modo similar en los tres Sinópticos, San Juan no hace referencia a la misma. De acuerdo a los Sinópticos podemos presentar el siguiente esquema de la misión visible del Espíritu Santo en la Transfiguración (cfr. Lc 9, 18-35, Mt 16, 13-17, 13, Mc 8, 27-9, 13): Cristo es reconocido por Pedro como el Mesías, el Hijo de Dios vivo; el Señor comienza a anunciar su Pasión; y predice la Transfiguración; en la Transfiguración se dan las siguientes características que queremos resaltar: el Espíritu Santo se manifiesta en forma de nube; el Padre dice: «Este es mi Hijo, el elegido, escuchadle»; Jesús habla con Moisés y Elías de lo que sucederá en Jerusalén: su Pasión; a partir de ese momento Jesús, movido por el Espíritu³⁴, comienza su viaje a Jerusalén, durante el cual repetidamente anuncia que será crucificado... (cfr. Lc 9, 43-45; 18, 31-34; Mt 17, 22-23; 20, 17-29; Mc 9, 30-32; 10, 32-34).

c) *La misión visible del Espíritu Santo en Pentecostés*

En este caso, aunque como veremos la estructura es la misma que en las demás misiones, su presentación inicial es diversa, por ello también lo será nuestro desarrollo.

1.º Los preámbulos de la misión visible del Espíritu Santo en Pentecostés.

33. CEC: «Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido”» (714); en el bautismo, «el Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a “posarse” sobre él» (536). Cfr. 525, 537, 541.

34. Hb 9, 14: Cristo «por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo como víctima inmaculada a Dios».

En primer lugar queremos resaltar la conexión de la Ascensión de Señor y la misión visible del Espíritu en Pentecostés: tanto en la «promesa» del Espíritu Santo el día de la Ascensión (Lc 24, 49; Hech 1, 4-5) como en el discurso de San Pedro, la Ascensión y la Pentecostés son puestas en estrecha relación. Más aún, se aclara que hay una doble misión del Espíritu Santo: una, sobre Cristo; otra, consecuencia de la anterior, sobre la Iglesia. Dice así San Pedro: «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hech 2, 33-36).

2.º Esquema de la misión visible del Espíritu Santo en Pentecostés.

De acuerdo a lo expuesto podemos hacer el siguiente esquema de la misión visible del Espíritu Santo en Pentecostés: Cristo con su entrada triunfal en Jerusalén, las parábolas escatológicas, las respuestas a los sacerdotes y a Pilatos ha puesto de relieve su misión real. Mediante su Sacrificio en la Cruz ha llevado a cabo la plenitud de su misión Sacerdotal. Cristo asciende al Cielo, y los Angeles anuncian su venida gloriosa. Sentado a la derecha del Padre, como Rey del Universo, recibe el Espíritu Santo: «Jesús es constituido Señor y Cristo en la gloria. De su plenitud, derrama el Espíritu Santo sobre los apóstoles y la Iglesia» (CEC 746). Cristo envía al Espíritu Santo a la Iglesia, y lo que se manifiesta mediante «un ruido, como de viento que irrumpe impetuosamente, y llenó toda la casa en la que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían y se posaron sobre cada uno de ellos» (Hech 2, 2-3). La Iglesia, movida por el Espíritu Santo, comienza su misión —continuación de la misión de Cristo— por toda la tierra hasta la consumación del mundo, cuando Cristo venga a juzgar a todos con pleno poder y majestad³⁵.

35. CEC: «La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías llevará a cabo mediante la Pascua de su Muerte y de su Resurrección [...]». «El Reino de los cielos ha sido inaugurado en la tierra por Cristo [...]». «Cristo, desde [la Ascensión], está sentado a la derecha del Padre». «Sentarse a la derecha del Padre significa la inauguración del reino del Mesías [...]». «La Iglesia, o el reino de Cristo presente ya en misterio, constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra [...]». «El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado “con gran poder y gloria” con el advenimiento del Rey a la tierra [...]». «Solamente cuando ha llegado la hora en que va a ser glorificado, Jesús promete la venida del Espíritu Santo, ya que su Muerte y su Resurrección [...]: El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre porque él ha salido del Padre [...]». «El día de Pentecostés [...], la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo [...]» (560, 567, 663-664, 669, 671, 729, 731) Cfr. 570, 665, 668, 670, 746.

3.º Pentecostés, manifestación de Cristo y de la Iglesia.

Si, como hemos dicho, las misiones visibles del Espíritu Santo tienen como objeto manifestar la presencia especial del Espíritu Santo en la persona a la que ha sido enviado, la misión visible en la Pentecostés: ¿qué presencia manifiesta, su presencia en Cristo o su presencia en la Iglesia? Podemos decir que, en directo, manifiesta su presencia en la Iglesia, en cuanto que está en Ella enviado por el Hijo³⁶.

Pero este envío es consecuencia inmediata de la donación del Espíritu por el Padre a Jesucristo exaltado a su derecha: «A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís» (Hech 2, 32-33). Por tanto, en oblicuo, la misión visible de Pentecostés manifiesta la posesión en plenitud del Espíritu por Cristo³⁷. Y es precisamente en este sentido en el que la tendremos en cuenta ahora³⁸.

3. LAS MISIONES VISIBLES DEL ESPÍRITU SANTO: SU ESTRUCTURA

Si nos fijamos, las tres misiones del Espíritu Santo tienen una misma estructura: el fin de un periodo de maduración, y con ello la llega-

36. «Hablando a los Apóstoles del cenáculo, la vigilia de su pasión, Jesús une su partida, ya cercana, con la venida del Espíritu Santo. Para Jesús se da una relación casual: El debe irse a través de la cruz y de la resurrección, para que el Espíritu de su verdad pueda descender sobre los Apóstoles y sobre la Iglesia entera como el Abogado. Entonces el Padre mandará el Espíritu "en nombre del Hijo", lo mandará en la potencia del misterio de la Redención, que debe cumplirse por medio de este Hijo, Jesucristo. Por ello, es justo afirmar, como hace Jesús, que también el mismo Hijo lo mandará: "el Abogado que yo os enviaré de parte del Padre"» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 12.VIII.87). «Lo que acontece de modo tan significativo el mismo día de la resurrección, los otros Evangelistas lo distribuyen de alguna manera a lo largo de los días sucesivos, en los que Jesús continúa preparando a los Apóstoles para el gran momento, cuando en virtud de su partida el Espíritu Santo descenderá sobre ellos de una forma definitiva, de modo que su venida se hará manifiesta al mundo. "Este será también el momento del nacimiento de la Iglesia: 'recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta el extremo de la tierra'. Esta promesa, que tiene relación directa con la venida del Paráclito, se ha cumplido el día de Pentecostés". "En síntesis, podemos decir que Jesucristo es aquel que proviene del Padre como eterno Hijo, es aquel que 'ha salido' del Padre haciéndose hombre por obra del Espíritu Santo. Y después de haber cumplido su misión mesiánica como Hijo del hombre, en la fuerza del Espíritu Santo, 'va al Padre'. Marchándose allí como Redentor del Mundo, 'da' a sus discípulos y manda sobre la Iglesia para siempre el mismo Espíritu en cuya potencia el actuaba como hombre. De este modo Jesucristo, como aquel que 'va al Padre' por medio del Espíritu Santo conduce 'al Padre' a todos aquellos que lo seguirán en el transcurso de los siglos". "Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo (Jesucristo) le 'derramó', dirá el Apóstol Pedro el día de Pentecostés. "Y, puesto que sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abbá!, ¡Padre!", escribía el Apóstol Pablo. El Espíritu Santo, que 'procede del Padre', es, al mismo tiempo, el Espíritu de Jesucristo: el Espíritu del Hijo» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 12.VIII.87).

37. Cfr JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 5.VIII.87.

38. Cfr JUAN PABLO II, *Aud. Gen.* 12.IV.89.

da de un momento «oportuno». El anuncio de cada uno de los modos del ejercicio la misión mesiánica por Jesús. La misión visible del Espíritu Santo. El comienzo, por parte de Cristo, de ese modo de ejercer su misión.

Misión Profética. En relación a la misión profética nos encontramos: Jesús crece en edad, sabiduría y gracia, hasta llegar a la edad de 30 años, la «edad perfecta» para comenzar su misión profética³⁹. Juan el Bautista anuncia la venida del Mesías. Se realiza la misión visible del Espíritu Santo, en forma de paloma, en el Bautismo. Comienza la predicación de Cristo, movido por el Espíritu Santo.

Misión Sacerdotal. En cuanto a su misión sacerdotal: Jesús es reconocido como el Hijo de Dios por San Pedro en Cesarea de Filipos. Con ello su misión profética alcanza su núcleo fundamental⁴⁰. Cristo anuncia su futura muerte en la Cruz. Se lleva a cabo la misión visible del Espíritu Santo, en forma de nube, en la Transfiguración. Cristo, movido por el Espíritu Santo, comienza su camino a Jerusalén donde se ofrecerá al Padre en Sacrificio del Calvario, donde será a la vez Sacerdote y Víctima.

Misión Regia. Respecto al «munus» regio tenemos: Cristo ha realizado el contenido esencial de su Sacerdocio con su Pasión y Muerte. Ha anunciado su misión regia —la entrada triunfal en Jerusalén, sus discursos escatológicos, sus afirmaciones ante Caifás y Pilatos, el letrado en la Cruz,...—, y los ángeles anuncian su futura venida en su poder. Cristo, ascendido al Cielo, se sienta a la diestra de Dios, y recibe el Espíritu Santo. Se realiza la misión del Espíritu Santo, en forma de viento impetuoso y lenguas de fuego, en la Pentecostés. Cristo comienza a ejercer su poder regio⁴¹, mediante la Iglesia, como Reino de Cristo⁴², que se extiende por el mundo entero a impulso del Espíritu Santo. Misión que alcanzará su culmen cuando vuelva con todo poder y Majestad⁴³.

39. Cfr. *S. Th.* III, q. 39, a. 3, c.

40. Es en toda la vida de Cristo, y de modo principal en los acontecimientos pascales, como se lleva a cabo la plenitud de la revelación. Sin embargo, el núcleo fundamental, de lo que todo lo demás deriva es de su manifestación como el Hijo de Dios.

41. Cfr. CEC 664.

42. CEC 680: «Cristo, el Señor; reina ya por la Iglesia, pero todavía no le están sometidas todas las cosas de este mundo».

43. *1 Cor* 15, 24-28: «Después, el fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, toda potestad y poder. Pues es necesario que él reine [...]. Y cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el mismo Hijo se someterá a quien a él sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas».

4. LAS MISIONES VISIBLES DEL ESPÍRITU SANTO Y LOS «MUNERA» DE CRISTO

Pensamos que lo expuesto pone de manifiesto esa íntima conexión entre las misiones visible y los «munera» de Cristo. Sin embargo, conviene que hagamos algunas consideraciones más.

a) *La Unción de Cristo desde su concepción y para siempre*

Debemos afirmar que Jesús de Nazareth es el Cristo desde el instante de su concepción por obra del Espíritu Santo, es una consecuencia inmediata de la unión hipostática: «El ángel les dijo: No temáis, pues vengo a anunciaros una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre» (Lc 2, 10-12).

Por tanto, toda la vida de Cristo es Mesianica, en toda ella Jesús es Profeta (reveladora de su Persona y Misión), Sacerdotal (ofrenda al Padre) y Real (reordenadora del mundo). Si bien, podemos encontrar en ella sus «momentos fuertes»⁴⁴.

Además, su misión no finaliza con su muerte resurrección y ascensión sino que permanecerá para siempre: su Humanidad será siempre —también en el Cielo— la manifestación visible de Dios⁴⁵, su Sacerdocios es para siempre (Hb 5, 5-10; 7, 24-25), y su Reino no tendrá fin (Lc 1, 32-33).

b) *Las misiones visibles y la manifestación del Espíritu Santo*

Las misiones visibles del Espíritu Santo manifiestan su presencia —misión— invisible en aquel sobre el que se realizan, pero no se lleva a cabo ni siempre ni en el momento en que ésta se realiza, sino cuando conviene que sea manifestada para beneficio de los hombres⁴⁶: en especial, para aquellos que la contemplan.

44. CEC 516-518, 606.

45. *Apoc* 22, 3-4: «En ella estará el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le darán culto, verán su rostro».

46. *S. Th. I*, q. 43, a. 7, c: «Non est de necessitate invisibilis missionis, ut semper manifestetur per aliquod signum visibile exterius: sed, [...] manifestatio Spiritus datur aliqui ad utilitatem, scilicet Ecclesiae. Quae quidem utilitas est, ut per huiusmodi visibilia signa fides confirmetur et propagetur. [...]. Et ideo specialiter debuit fieri missio visibilis Spiritus Sancti ad Christum et ad Apostolos, e[...], in quibus quodammodo Ecclesia fundabatur: ita ta-

Por ello, sólo cuando convino manifestar que Jesús era el Mesías y fuera aceptado como tal, se llevaron a cabo las misiones visibles del Espíritu Santo.

Además, de acuerdo a la «pedagogía» divina, aunque la Unción de Jesús era única, el contenido «triple» de esta Unción —los tres «munera»— de Cristo fueron manifestados separadamente⁴⁷: primero el profético, después el sacerdotal, y finalmente el real. De este modo, siendo única e invisible⁴⁸ la misión del Espíritu Santo sobre Cristo, triple es su misión visible⁴⁹.

c) *La manifestación visible del Espíritu Santo y los «munera» de Cristo*

Las misiones visibles del Espíritu Santo suponen tres cosas: ser enviado por alguien, estar en alguien según un modo especial, y que esto sea manifestado mediante un signo sensible⁵⁰.

Nos queda por considerar los signos sensibles de las tres misiones, y con ello por qué el Espíritu Santo se manifestó como «paloma», como «nube» y como «viento impetuoso y lenguas de fuego»⁵¹. Pues mediante esos signos se quiere manifestar alguna de las características propias de la presencia del Espíritu Santo en Jesús⁵² ante aquellos que los vieron.

Por ello, de nuestro planeamiento cabría esperar que existiera alguna conexión entre dichos signos y el triple «munus» de Cristo. Pues bien, a pesar de haber buscado en multitud de diccionarios bíblicos y patrísticos la relación de la «paloma», de la «nube» y del «viento impetuoso» con la Unción de Cristo, no hemos encontrado ninguna precisa⁵³. En general, sólo ponen esas manifestaciones visibles del Espíritu en referencia al sacramento del bautismo, a la filiación divina que recibimos, a la gloria de Dios, a la purificación,...

men quod visibilis missio facta ad Christum, demonstraret missionem invisibilem non tunc sed in principio suae conceptionis, ad eum factam».

47. Cfr. *In I Sent.*, d. 16, q. 1, a. 1, sol.

48. Sólo es visible en sus «efectos» en y a través de la humanidad de Cristo.

49. *In I Sent.*, d. 16, q. 1, a. 3, ad 4: «Species illae in quibus Spiritus Sanctus apparuit, significant effectus Spiritus Sancti, secundum quos Spiritus Sanctus dicitur multiplex, quamvis substantialiter sit unus».

50. Cfr. *In I Sent.*, d. 16, q. 1, a. 1, ad 1.

51. Sobre estos símbolos ver lo que dice el *CEC*. nn. 696, 697, 701.

52. Cfr. *In I Sent.*, d. 16, q. 1, a. 1, ad 1; a. 3, ad 3.

53. Entre otros, KITTEL, G. Friedrich, *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, Padeia (Brescia, 1965 ss.); LEON-DUFOUR, X., *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder (Barcelona 1966); BOGAERT, P.-M. Y OTROS *Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, Herder (Barcelona 1993).

d) *Las palabras del Padre en las misiones visibles*

Tanto la misión visible en el Bautismo, como en la Transfiguración van acompañadas de la voz del Padre. En el Bautismo: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido» (Lc 3, 22). En la Transfiguración: «este es mi Hijo, el elegido, escuchadle» (Lc 9, 35).

Por su parte, pensamos que es legítimo unir la voz del Padre en la entrada Triunfal en Jerusalem con la misión de Pentecostés: «Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré» (Jn 12, 27-36).

En las dos primeras se pone de relieve el fundamento de la mesianidad de Jesús: ser el Hijo, amado, elegido, predilecto: el Hijo de Dios. Sin embargo, parecería que si la misión profética de Cristo «comenzaba» con el Bautismo, parecería más «lógico» que la afirmación del Padre: «escuchadle», se diera en ese momento y no en la Transfiguración.

Sin embargo, pensamos que cabe la siguiente interpretación: precisamente esa palabra del Padre —«escuchadle»— lo que hace es confirmar la realización del aspecto radical de la misión profética de Cristo, como hemos dicho antes⁵⁴. En la entrada Triunfal en Jerusalén se unen las dos glorificaciones: la de la Cruz y la Celestial y las tres misiones visibles del Espíritu Santo.

CONCLUSIÓN

Si bien no hemos sido capaces de mostrar la relación entre los tres «munera» de Cristo y las manifestaciones visibles del Espíritu Santo en cada una de ellas —la paloma, la nube y el viento impetuoso con las lenguas de fuego— pensamos que todo lo expuesto nos permite

54. Juan Pablo II comenta así estas palabras del Padre: «El hecho, descrito por los Sinópticos, ocurrió cuando Jesús se había dado a conocer ya a Israel mediante sus signos (milagros), sus obras y sus palabras. La voz del Padre constituye como una confirmación “desde lo alto” de lo que estaba madurando ya en la conciencia de los discípulos. Jesús quería que, sobre la base de lo signos y de las palabras, la fe en su misión y filiación divinas naciese en la conciencia de sus oyentes en virtud de la revelación interna que les daba el mismo Padre». «La voz que escuchan los tres Apóstoles durante la transfiguración en el monte (...), confirma la convicción expresada por Simón Pedro en las cercanías de Cesarea. Confirma en cierto modo “desde el exterior” lo que el Padre había ya “revelado desde el interior”. Y *el Padre, al confirmar ahora la revelación interior* sobre la filiación divina de Cristo —“Este es mi Hijo amado: escuchadle”—, parece como si quisiera preparar a quienes ya han creído en Él para los acontecimientos de la Pascua que se acerca: para su muerte humillante en la cruz (...). La teofanía en el monte de la transfiguración del Señor se halla así relacionada con el conjunto del Misterio pascual de Cristo» (JUAN PABLO II, *Aud. Gen. 27.V.87*). *Ibidem*. «Escuchadle, confirma la misión profética».

afirmar que hay razones suficientes para poder decir que Jesús de Nazaret, el Ungido por el Espíritu de Dios desde su concepción, recibió una triple misión visible del Espíritu Santo, en el Bautismo, la Transfiguración y la Pentecostés, mediante las cuales fue puesto de manifiesto a los hombres el triple «munus» de Cristo —el Profético, el Sacerdotal y el Regio— cuando convino que cada uno de estos fuera aceptado por ellos.